

HOMENAJE A CÁNTICO

En el Centenario de Ricardo Molina y Miguel del Moral
1917-2017

**HOMENAJE A «CÁNTICO»
EN EL CENTENARIO DE
RICARDO MOLINA Y MIGUEL DEL MORAL
(1917 – 2017)**



2017

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Carlos Clementson	Pablo García Baena
José Cosano Moyano	Mario López
Miguel Clementson Lope	Julio Aumente
Vicente Aleixandre	José de Miguel
Dámaso Alonso	Mariano Roldán
Ricardo Molina	Manuel Gahete
Juan Bernier	

Fotografía:

Francisco Sánchez Moreno

Comisario de la Exposición:

Juan Hidalgo del Moral

Coordinación Catálogo:

Miguel Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza

Diseño:

Isabel Pérez, M. Clementson

Maquetación e impresión:

GALÁN - Villa del Río (Córdoba)

Agradecimientos:

Juan Muñoz González
Fotoestudio Jiménez
J.C. Nievas
A. Holgado
Tomás Egea
MBAC

Dep. Legal: CO 2143-2017

LA PERSONALIDAD POÉTICA DE RICARDO MOLINA A TRAVÉS DE CORIMBO

(Un panorama antológico de su estilo y sus temas)

Carlos Clementson

Quizá el libro que definitivamente perdure en el tiempo de Ricardo Molina sean sus memorables *Elegías de Sandua*, uno de los más conmovedores y bellos poemarios de inspiración amorosa del pasado siglo XX. En dicho libro, tan oxigenante y diáfano, tan transido de amor, de añoranza y de gracia, de fresca ingenuidad y pureza, mas también de auténtico y acendrado sentimiento de la Naturaleza y los paisajes nativos, Ricardo alcanza un sabor de verdad en su expresión, tan natural y expresivo, de cálida realidad vivida, que su clara y elegíaca dicción queda resonando dulcemente en la memoria del lector, aún muchos años después de haber cerrado sus páginas. Ése es el libro que todo joven estudiante debería leer para ir aprendiendo a degustar el sabor húmedo y dulce de la poesía, de la poesía sin adjetivos, la que nos llega íntimamente al corazón y luego con el tiempo nos va haciendo, a quienes sigan esa gustosa senda, servidores, de por vida, de la belleza y la palabra.

Pero si quisiéramos hacernos una visión lo más totalizadora posible de su personalidad poética y humana, del poeta que en la plenitud de su medio siglo nos abandonó dejando un inolvidable vacío entre nosotros, tendríamos que acudir al que en su día, y no sin polémica, fue distinguido con el más relevante galardón de su tiempo en su género.

El año 1949, tras un frustrado intento en 1947, Ricardo Molina obtenía el premio "Adonais" de poesía con este cuarto de sus libros, colección de poemas de carácter antológico, que abarca el período creador comprendido entre los años 1945 y 1949, y que nos puede servir de compendio de las diversas cuerdas temáticas y espirituales de su inspiración.

Ante todo, y muy lacónicamente, reiteraremos que una amplia zona de la obra del cordobés supone un lacerante conflicto espiritual entre catolicidad y paganía, entre las exigencias de un urgente entusiasmo vital y las llamadas y remordimientos de una penitencial religiosidad acendrada, que le asalta en ocasiones, muy propia de los condicionamientos teocráticos de su época.

En especial, la primera y segunda partes de *Corimbo* —"La mirada virgen" y "El misterioso amante"— inciden en la reconciliación del poeta (tras la angustiada religiosidad de *Tres poemas*) con el mundo de la Naturaleza, de los sentidos y el amor. El efervescente vitalismo pánico y casi dionisiaco de sus primeros versos parece serenarse y ahondarse desde una mayor madurez, de la que el poeta sabe extraer una remansada sabiduría contemplativa, casi filosófica, de la vida y su vivencia de las cosas.

Así, en el poema "En esta encrucijada...", y por ahora curado de sus torturantes ascetismos y renunciaciones trascendentalistas, nos revelará cómo *La sabiduría está en saber poco como el ruiseñor, / y la vida no es una máscara decrepita, / sino una doncella desnuda...* pero una doncella ideal y espiritualizada en su sublimada desnudez, sin el arrebatado ardimiento sensual de Regalo de amante, uno de sus anteriores títulos.

Corimbo es una obra muy reveladora de los distintos tonos y vibraciones espirituales de su autor; expresiva de sus varias inquietudes y facetas, a veces contradictorias y enfrentadas, universo poético en modo alguno uniforme y estático, sino ondulante y cambiante como la misma vida. El libro es manifestación literaria, a la vez, de un espíritu optimista,

lúcido y apasionado, y con la sensibilidad a flor de piel, para el que el sentimiento de la Naturaleza y del amor, del cuerpo y sus instintos, le sirven de palpitante medio de comunicación, o de comunión, con dicha Naturaleza; un espíritu para el que la conflictiva experiencia, también, de la trascendencia y la indagación religiosas, o de la acuciante temporalidad de cada día, cobran poéticamente una desacostumbrada intensidad que traspasa y conmociona desde el primer momento al lector.

"La mirada virgen" se abre con un justísimo poema: "Llamada". Esta "llamada" que el poeta siente ya desde el mismo pórtico del libro es la de la Naturaleza y de la vida, abiertas a horizontes infinitos, y que con la pura y sugestiva incitación de las más elementales criaturas viene a penetrar en la clausura de su cuarto de estudio, invitándole a una vital inmersión en la oxigenante pureza del orbe natural, liberándolo del lastre de la cultura erudita y de los libros.

"Desnudo", sinónimo aquí de autenticidad y sinceridad, es otro melódico poema en el que Molina incide nuevamente en esa especie de maravillosa pureza tonificante o sabiduría del mundo y de las cosas que puede proporcionarnos la mera comunión física y directa del cuerpo humano —una vez despojado éste de toda su convencional impedimenta indumentaria, liberado también de todos sus prejuicios, represiones y obsesiones más o menos oscuras y culpables— con el entorno natural.

Esa mera sabiduría "terrestre", o terrenal, que descubriera en ciertos autores clásicos y en André Gide, no trascendida y autosuficiente, al margen de torturantes conjeturas o fantasías escatológicas, sabiduría que colma en plenitud a quien a ella se abandona, basta para dar sentido y felicidad a toda existencia terrena, al simple hecho de ser, resolviendo de golpe todas las inquietudes e interrogantes del poeta. Al menos así se nos muestra en estos versos.

La segunda sección, "El misterioso amante", es una conseguida serie de poemas de amor y del recuerdo del amor, desde la serena experiencia de

su pérdida, en los que la emoción no se desboca ni la palabra se desmanda, sino en los que la maestría técnica se enmascara y adelgaza en un prodigio de expresión natural y fluente, de susurrada y coloquial confianza. Todo aparece envuelto en una húmeda atmósfera de fina Naturaleza estilizada, de idealidad y misterio, de magia y encantamiento naturales, de evidente filiación simbolista (Ricardo Molina —recordemos— fue gran conocedor de toda la poesía simbolista francesa, y en especial de la del XIX). Simbolismo y melancolía.

"Intermedio" comprende un abanico de temas molinianos, algunos de una notable entidad y altura, germen de libros posteriores, como son los cinco fragmentos de "Elegía de Medina Azahara", así como los Salmos I y II de la última sección "Los fuegos solitarios" son primitivas versiones de los que aparecerán en su libro póstumo *Psalmos*.

Todos estos poemas de "Intermedio" parecen girar en torno de la idea, o mejor, del sentimiento de la salvación en la Naturaleza, por la belleza y por la poesía. Se abre con una relevante "Oda a Gerardo Diego", entrevisto, en su poesía, como propagador de esa belleza (*la cúspide bruñida de tu canto / nos salva, incorruptible, la belleza*); oda que exalta, frente a su renunciatoria religiosidad culpable de otras ocasiones —permanente dualidad en Molina—, esa luz de la alegría y la hermosura que efunden y proclaman las criaturas y elementos de una *naturaleza inagotable*. En cierto modo esta composición viene a equivaler a una especie de indirecta "autopoética", partiendo de la personal consideración de la obra del santanderino.

En dicha oda encontramos una estrofa de muy sobria y refinada elegancia, por otra parte, de estirpe y dicción muy cernudianas, si bien con una explícita referencia bíblica al *Libro de Job*, y que en tan sólo nueve versos viene a resolver, si bien simplificándola, la ardua y ya tópica cuestión del "compromiso" poético, con autenticidad y penetración crítica. Esta síntesis del pensamiento poético moliniano se inicia así: *Los más desesperados nunca fueron/ los cantos más hermosos...* (Aunque no siempre Ricardo se atuviera a esta máxima).

La oda es una radiante proclamación de los valores iluminadores y fecundos, salvadores, de una Naturaleza cuya armonía compendia y expresa de modo permanente toda auténtica belleza, y cuya *eterna música* mantiene viva la virtud y la voz de la poesía, aún cuando *perdieran todas las palabras su transitorio valor*; una Naturaleza con la que el poeta gusta de confundirse en una suerte de vago vitalismo metamórfico, y mediante el cual, llevado de un sentido panteísmo no meramente literario o estetizante, gusta perder la conciencia de su propia identidad ontológica en aras de un nuevo nacimiento o de una más ancha liberación o ensanchamiento de sus límites personales.

De nuevo, pues, y como en tantas ocasiones aflora en estos versos ese hondo panteísmo sentimental, casi biológico, del escritor cordobés, un panteísmo más de estirpe poética que estrictamente religiosa.

Y al repasar estas estrofas, con la correspondiente anulación de la consciencia que conllevan, nuevamente nos viene a la memoria ese definitorio verso moliniano que, en su contexto de entrega personal a las puras fuerzas de la vida espontánea, subraya una de las grandes constantes del poeta y que, por otra parte, nos hace pensar en la teoría de la *negative capability*, o “capacidad negativa”, postulada por John Keats, tan amante como el lírico cordobés, de los encantos de la Naturaleza. Aún a riesgo de pecar de redundantes, volveremos a citarlo, destacando su constitutiva, y aparentemente paradójica, significación en una personalidad, por otra parte, tan amante de los libros, del conocimiento intelectual y de toda expresión de cultura en general, aunque no por ello olvidara, sino todo lo contrario, sus raíces vinculantes con el pulso general de esa misma Naturaleza, en la que con tanta frecuencia gusta “despersonalizarse” y transfundirse a los diversos elementos que la integran:

La sabiduría está en saber poco como el ruiseñor...

Es decir, de esos dos grandes medios de conocimiento —el racionalista, cartesiano, estrictamente lógico y cientifista, y esa otra honda sabiduría de los sentidos, o la igualmente profunda de la intuición

sentimental directa—, Molina —espíritu cultivado, reflexivo, humanista, e incluso vocacionalmente “culturalista”—, en reiteradas ocasiones se nos muestra consciente de esa un tanto presuntuosa soberbia intelectual que el puro conocimiento racionalista a ultranza adquiere en tantas mentes de Occidente, que desechan otros modos, quizá no menos válidos y más consoladores, a veces, de aproximación al misterio; esas otras antiguas e intuitivas sabidurías del mundo natural, que parecen percibirse no a través de la razón sino a través de la piel, de una extrema acuidad de todos los sentidos y ciertas íntimas fibras del espíritu en contacto con las emanaciones del sol, el mar, la lluvia, el seguro y sosegado ciclo de las cosechas y de las estaciones, tan antiguos y tan nuevos. Y esa es la sabiduría que el poeta va a recibir de brazos de la madre Naturaleza.

Una profunda suerte de conocimiento que la moderna existencia colectiva en sofocantes hábitats urbanos de hormigón y de acero, de vertiginoso maquinismo y mercantilismo esclavizante, desvinculada cuando no profanadora del medio natural, nos niega a cada paso. Pues, como nos advierte otro espíritu afín a nuestro poeta, Hermann Hesse, *el tiempo pasa y la sabiduría permanece. Cambia de formas y de ritos, pero en todas las épocas descansa sobre el mismo fundamento: la ordenación del hombre a la Naturaleza, al ritmo cósmico. Por mucho que las épocas inquietas se esfuercen en emancipar al hombre de este ordenamiento, esta aparente liberación conduce siempre a la esclavitud.*

Esta doble vertiente de la personalidad intelectual y sensitiva de Molina nos confirma una vez más su abierto y comprensivo talante totalizador y antidogmático, participativo y atento a todas las posibilidades del espíritu, tanto las de raíz puramente física como las intelectuales y teológicas, reafirmando su apertura a todos los vientos de la Naturaleza, la religión o la cultura. Su pasión conciliadora, a la vez, por Gide y por Claudel, por Francis Jammes y Neruda; por Bach y por la “Niña de los Peines”; por el gregoriano y el flamenco; por la ascética reflexión penitencial o la más exaltada e



M. del MORAL, *Homenaje a Pablo García Baena* (1984), tinta / papel, 49 x 41 cm.

ingenua paganía: esa permanente e inquieta disponibilidad a todas las ideas, a todos los estímulos, a todas las incitaciones, siempre que éstas estuvieran sustentadas en lo auténtico, lo noble, lo bello o lo profundo. En todas las mejores posibilidades del hombre. Aparentes contradicciones que no son sino el resultado de un estado de plenitud moral, de una personalidad fecunda y versátil, de gran riqueza de facetas y de matices.

"Italia" o la afirmación vital en la alegría

Este hermoso poema, plástica expresión de la orientación clásica y mediterránea de su autor, nos ofrece, bajo la estructura formal de una oda de amplio aliento, una radiante y vitalista exaltación de la cultura y significación de la península itálica como vigorizante paradigma de humanismo y sentido de la belleza; al tiempo que un himno a la más luminosa alegría del vivir y una invitación al goce del instante. Invitación subrayada por el contrapunto de una reflexión sobre la esterilidad del dolor, que nos distrae de ese goce y de la natural felicidad del vivir en el seno de una Naturaleza acogedora como la italiana: una exaltación, en suma, de esa *joie de vivre* consubstancial al feliz genio de Italia, tras los sufrimientos y penurias —implícitos en el poema, pero fácilmente deducibles por la cronología del mismo— de la última contienda.

En cierto modo, y salvando las distancias, venimos a observar en la actitud de Molina ante la patria de la latinidad y el humanismo, entrevista como símbolo y clave de los más vitales ideales clásicos —estéticos y morales—, idéntico deslumbramiento y emoción, de la más depurada estirpe romántica, que llevarán a sus versos poetas como Goethe, o los ingleses —mediterráneos de adopción y sepultura— Shelley y Keats, con los que tantos puntos concordantes le unieran, en cuanto a su común amor por la Naturaleza, la cultura y ciertos radiantes ideales de la Antigüedad.

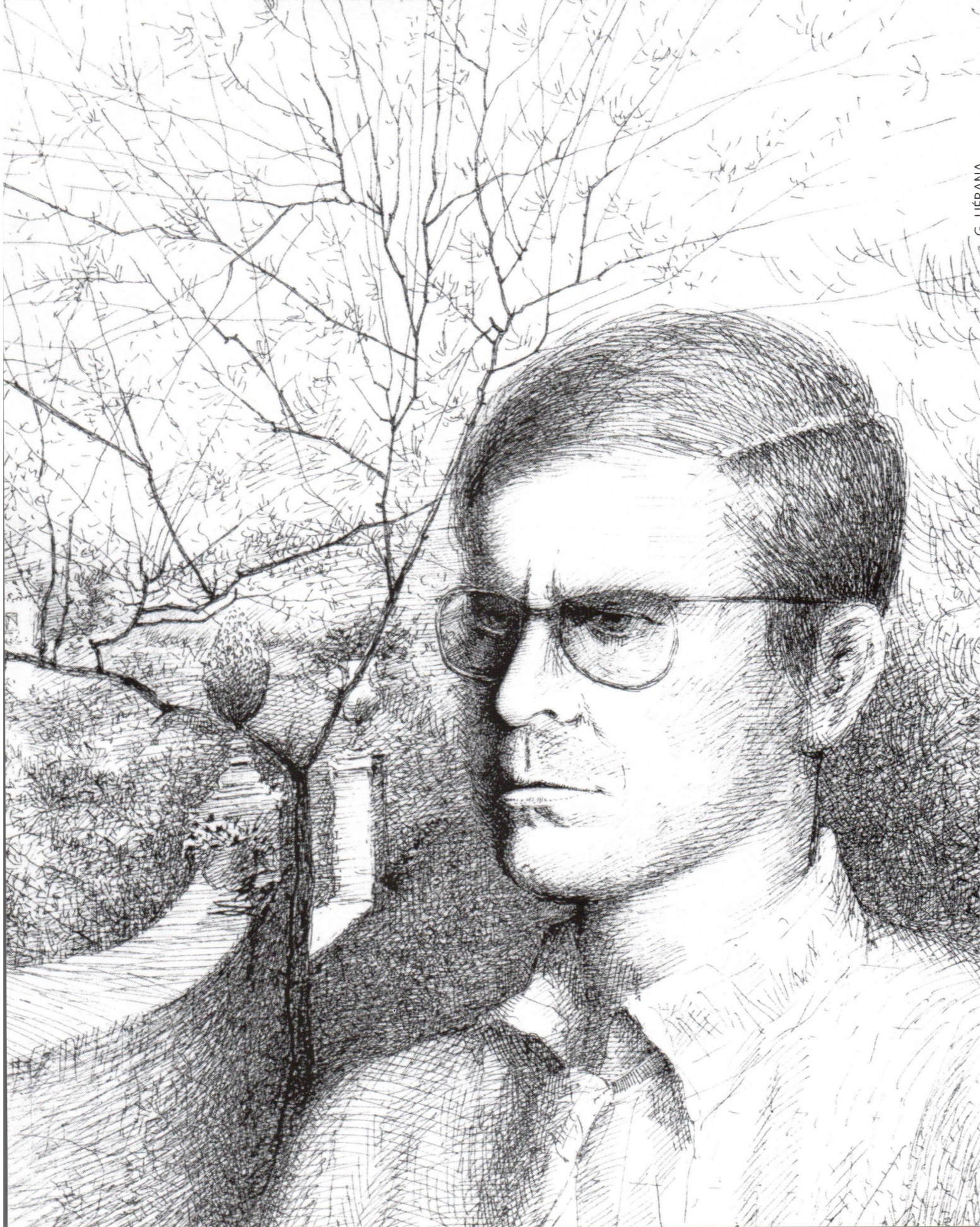
El mundo italiano ofrécese al poeta cordobés, o cordubense, —ciudadano de la antigua Colonia Patricia de la Bética— como ejemplo o síntesis históricos de un canon moral de intensidad y frutivo

sentido de la belleza, con los que él, a su vez, se identifica; como emblema de las más puras fuerzas de la vida espontánea, de una luminosa existencia y un hondo sentido estético, connatural y ajustado a la medida del hombre. Adivina en su comportamiento histórico colectivo la más clara expresión y mensaje del goce de vivir, una lección de claridad, de vida y de alegría, aún en la desgracia, desde el recuerdo y la constatación, por parte del poeta, de la decadencia de su esplendor pretérito o el dolor de su derrotada situación presente.

Como en Henry Jammes, como en Hesse, Thomas Mann o Laurence Durrell, como en el XIX lo fue, igualmente, para Stendhal, Byron o Robert Browning, o en el XX para un arraigado cosmopolita como Josep Pla, Italia —conocida tan sólo a través de la cultura y de los libros, pero de modo suficiente— va a entrañar para Ricardo Molina un símbolo o dimensión de vida soleada, instintiva y radiante, el reino de esa refinada y, a la vez, espontánea felicidad natural, respirable no sólo en el clima mediterráneo, sino en la peculiar atmósfera emotiva y humana de sus gentes.

De todos modos, y a pesar de sus infortunios, el destino de Italia y su misión histórica —así los ve el poeta— fueron los de dar testimonio, luminoso y perpetuo, de sabiduría, de belleza y hedonismo vital, de paganizante y muy terrenal alegría de vivir, por encima del sufrimiento y la tristeza, de los trágicos momentos de su historia presente, mostrando de siempre su humana reconciliación con la existencia y sus propias limitaciones.

Ante la consideración de la lección que nos da esa Italia, el poeta enfrenta comparativamente —partiendo también de esa su particular visión del mundo que la civilización itálica ejemplifica en grado máximo (y un tanto a la manera que luego hará Cernuda con relación al industrioso positivismo y estrecho sentido práctico de la vida, del universo cultural anglosajón)—, enfrenta —digo— las dos grandes culturas: la fáustica, gótica y centroeuropea, o nórdica, y la románica, meridional y mediterránea. De este contraste entre el utilitarismo puritano aburguesado y pragmático de los pueblos



CLEMENTSON, Carlos. La personalidad de Ricardo Molina a través de Corimbo. 21-36.

del norte, y el libre y desinteresado ritmo vital que el poeta, de un modo algo simplista pero eficaz, y con intensa verdad lírica, descubre en la vida italiana, saldrá triunfante, como es lógico conociendo la sensibilidad de Molina, esta segunda opción o sistema de vida, la del desprendimiento y espontáneo olimpismo moral mediterráneo.

Y tal es la carga de intensa energía vital y el esplendor del tiempo acumulado que nutren el viejo solar latino que —nos dirá— ...

*el dolor mismo que a los otros ensombrece
en la risueña sangre de tus venas se clarifica,*

mientras que la asistencia cordial y humanísima de una Naturaleza cálida y benigna, prestigiada por las viejas reliquias del arte y de la historia, viene a servir de bálsamo y refugio de los habituales rigores y penurias de la suerte:

*y hallas consuelo en la belleza de todos los días
como las madre selvas que embriaga diariamente
el rocío.*

Porque, en definitivas cuentas,

lo más profundo es la alegría;

ese inmediato y sensualista goce de vivir que le brindan, como estímulo y ejemplo, en este caso, el carácter, la historia y la Naturaleza de la península, sabia lección de ética hedonista que el país latino —*profunda claridad, / humana, celestial*— le proporciona, cuerpo vivo en el tiempo, nutrido por la *savia gloriosa de otros siglos más nobles*.

Y bien insólitos deberían de sonar los versos siguientes, tan solares y exentos de complejos, de vanas culpabilidades y tétricos —o, al menos, patéticos— transcendentalismos, en las fechas en que fueron escritos:

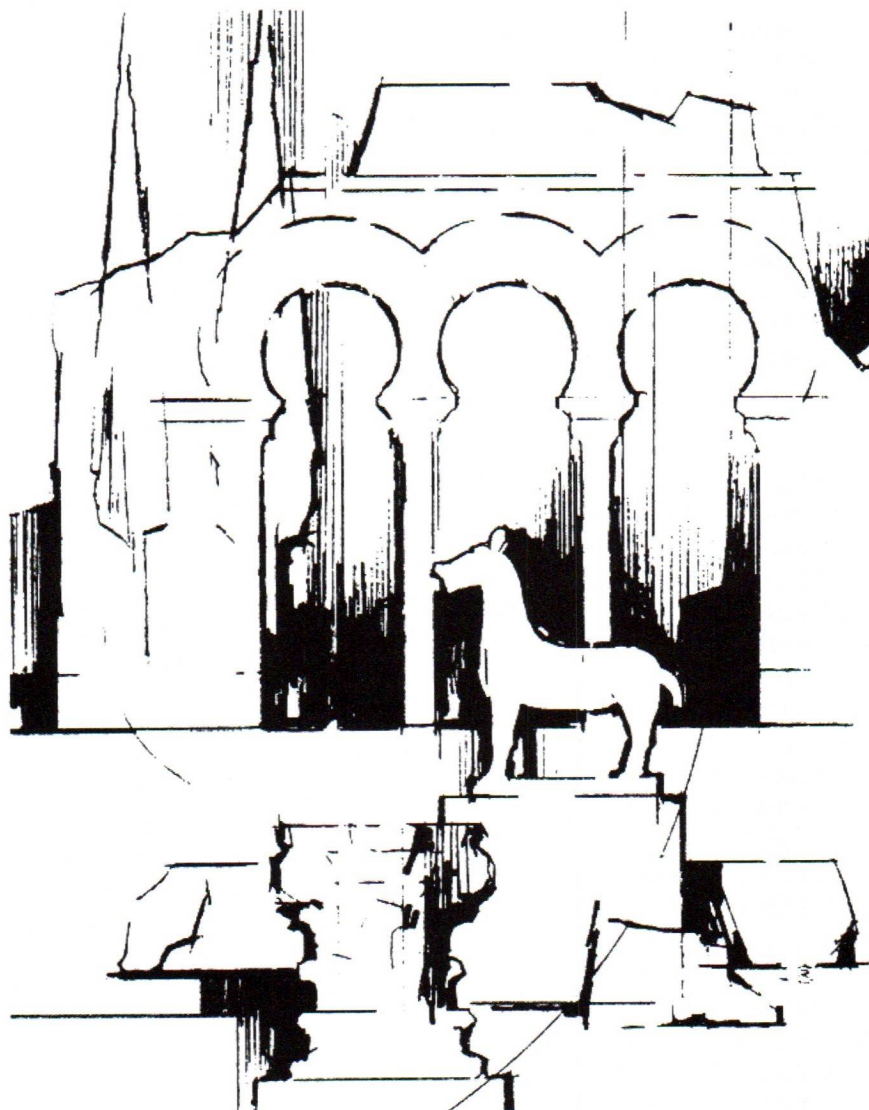
*Lo más profundo es la alegría.
La superficie es más profunda que la sima.
No en la raíz sino en la flor está el milagro.
Y es más honda la luz que las tinieblas...*

Todo lo cual no será óbice para que en la última sección de este *Corimbo*, así como en varios de sus *Psalmos*, el propio Molina practique un tipo de poesía análoga a lo criticado, enfatizando los aspectos más agónicos de su biografía interior y de su conflictividad religiosa, desgarrada entre la represora ortodoxia oficial de la época y su particular sensibilidad afectiva. Pues, como él mismo confesara: *Dos amores dividen mi corazón —y abren contradictoria cátedra en mi boca—. / (...) Si uno me embriaga alegre y claro —llora el otro mi dicha plañidero...* ("Psalmos II")

Y junto a esa paganía que le dicta su instintiva sensualidad, avivada intelectualmente por la frecuente lectura de los clásicos y esa angustiada religiosidad de su catolicismo de postguerra, germinará en estos versos la liberación panteísta y la acuciante llamada del amor, al tiempo que su posterior contemplación elegíaca, *casi dichosa y casi triste*, cuando éste se ha perdido y queda sólo el consuelo del recuerdo en la invocación de los antiguos horizontes de la felicidad vivida tanto en las callejas y plazas de su ciudad como en el abandonada casería de Sandua o las frondosas escarpaduras de Santa María de Trasierra, cubiertas de pinos y castaños, ese paradisiaco refugio de arroyos y corrientes en el seno de una desbordante Naturaleza realmente virgen como la conoció el poeta, y hoy ya caída y degradada por la torpe agresión urbanizadora, aunque su recuerdo literario nos quede salvado e ileso para siempre en los frescos rumores de *El río de los ángeles* o en la agreste melancolía de las *Elegías de Sandua*.

Medina Azahara: una meditación en torno al tiempo y la belleza

Para la mayor parte de sus lectores, Ricardo Molina será ya para siempre el poeta de las *Elegías de Sandua*, el cantor inolvidable de la dicha pretérita, recreada y recuperada desde el presente, en el seno de la bucólica serranía cordobesa de aquellos años, el cantor, con un dejo de agrí dulce melancolía en la voz, del antiguo y primer amor adolescente; de la perdida felicidad amorosa de un ayer, puesto de



ANTONIO BUJALANCE, *Nostalgia y presencia de Medina Azahara*.

nuevo en pie por el recuerdo y el poder convocador de la palabra poética.

Pero Ricardo Molina fue asimismo, y anticipándose a una pléyade posterior seguidora de sus pasos, el primer poeta moderno que supiera captar, en intuitiva y casi racial comunión con el misterio de sus ruinas y la estela de sus antiguos moradores, el legado histórico y vital —latente entre sus mármoles sepultos— de esta antigua urbe cortesana, y restaurar así para el presente —conjurando los maleficios del tiempo con el ensalmo creador, o recreador, de su palabra— aquella gloria efímera en los siglos, que llevara el nombre, real y legendario, de Medina Azahara, la Ciudad de la Flor, o la Ciudad resplandeciente.

En esta sobria y sentida evocación intensamente lírica, aromada de languideces y melancolías de estirpe arabigoandaluza y un cierto aliento neorromántico, en torno de las ruinas y el antiguo esplendor de aquel auténtico Versailles cordobés del siglo X, construido por Abderramán cerca de la ciudad y en las estribaciones de su sierra, Molina alcanza junto a ese su consubstancial sentimiento elegíaco, proyectado ahora sobre un remoto pretérito o realidad histórica externa —la antigua urbe palaciega— una serenada maestría sobre su lenguaje poético, un refinado y clásico equilibrio entre represada emoción y belleza formal, entre sentimiento y palabra lírica. Pues en esta ocasión la desbordante pasión y abundancia cordial del cordobés se remansan y decantan con intensidad y pureza, trascendiendo incluso la mera anécdota de sus ruinas, en una grave meditación sobre el destino de la vida, de su propia vida, y el de la gloria y plenitud del antiguo monumento califal.

A lo largo de las treinta y tres composiciones que integran la Elegía, el poeta, visitante de los desolados vestigios del palacio, de sus escalonadas terrazas, de su arruinada mezquita y sus jardines, evoca y recrea muy alusivamente y con muy escuetas palabras, sin caer en decorativismos efectistas, aquella casi fantástica realidad arquitectónica para su tiempo, y el espíritu que le diera forma y vida,

levantando verso a verso —algunos muy leves, casi ingrátidos— una análoga o equivalente arquitectura estética y sentimental en el poema.

Pero el poeta no sólo evoca e imaginariamente reconstruye nobles piedras y vestigios, arábigas arquerías o cómplices jardines en penumbra amorosa, como hiciera Villaespesa en su espumeante Alcázar de las perlas, sino que, con acompasada afinidad espiritual con el alma sensual de la cultura extinta, en lírico vislumbre o retrospectiva percepción sentimental del tácito mensaje de sus piedras, va reconstruyendo con esencial fidelidad y belleza, con esa palpitación vívida que sólo procuran las cosas auténticamente sentidas, todo un verdadero clima espiritual o modo de vida que el poeta hace suyo, como es el propio de la cultura arábigoandaluza. Y todo ello más por vía de sugerencia, de alusión y temblor, que de un modo directo, plástico o descriptivo.

Por eso al leer estos versos, a veces, puede asaltarnos un enervante clima de punzadora voluptuosidad ante la noche de las rosas, del amor y la música, ante la variopinta cohorte de cantores, de esclavos y coperos que se adivina entre sus líneas. Y más al fondo aún, una hiriente y casi dolorosa melancolía, la melancolía sensual y apasionada de quien se siente fatalmente desterrado en su tiempo, extranjero, si no en su patria, sí al menos en el siglo que le ha tocado vivir; la nostalgia de un hombre que, quizá, sábese más feliz de haber podido nacer en otros días que no fueran los suyos, como en el siglo de la Córdoba áurea del Califato, tal como antes añorara la plenitud grecolatina, en la "Elegía XXIX", de las de Sandua.

En definitiva, y junto a su subjetiva impresión de este monumento, lo que Ricardo Molina nos ofrece bajo estos versos de Medina Azahara es una indirecta y expresiva etopeya, un fiel autorretrato sentimental, muy justo y alusivo, a través de los trazos y perfiles de la antigua civilización califal, de la que fue arquitectónica expresión.

En estos breves poemas elegíacos alienta el recuerdo de los temas, ambientes y emociones de la antigua



Miguel Clementson

lirica de Al-Ándalus —no su fastuosa imaginería ni encadenamientos metafóricos—, y recreados no de una manera arqueológica ni erudita sino vital y sincerísima, y, en resumen, análogo sentimiento elegíaco que inspirara algún que otro poema suscitado por estas mismas ruinas, como la famosa casida de Ibn Zaydún, hermanos ambos por una gemela palpitación emotiva y estética.

El poemario se abre con una estrofa digna de un romántico, una estrofa definitiva y etérea al mismo tiempo, que comienza cuestionándose y afirmando la posible vigencia y perennidad de lo que ha sido, por encima del corrosivo desgaste de los siglos; todo ello referido a esa efímera belleza de la extinta urbe califal, cuya maravillosa permanencia —milagro del ensueño—, ya indemne a todo riesgo, aún parece alentar vagamente por el aire, perfumado con aromas de ayer, de los abolidos jardines de Medina Azahara y en la misma memoria cultural —memoria redentora— del poeta; pues como afirmara el romántico inglés *una cosa bella es un goce eterno*.

Por ello el visitante se pregunta, rescatando a través del ensalmo de su verbo, el nombre culturalmente prestigioso y el esplendor pretérito de aquella maravilla:

*Lo que nadie recuerda, ¿ha muerto? Acaso vive
recogido en sí mismo la vida más perfecta...*

Un nombre, a veces [el de la ciudad, tras cuya desaparición fuera quizá lo único que quedara —¿verdad, leyenda?— en la memoria vaga de las gentes], *como rama de olivo / en el pico cruel del pájaro del tiempo, / sobre las quietas ondas es salvado*. Ese nombre, incluso, llegará a esfumarse de la memoria colectiva, tras la devastación y enterramiento de los últimos vestigios de las ruinas: plataformas y terrazas al pie de la sierra, sobre las que llegarían a pastar ganados de reses bravas hasta no hace mucho. Hasta tal punto habíase perdido la memoria de dicho monumento.

El poeta deambula mentalmente, preguntándose con naturalidad sobre la caducidad de las cosas

humanas, sumidas y arrastradas por el curso del tiempo que todo lo confunde y por el poder de una Naturaleza que vuelve por sus fueros, para concluir afirmando —y afirmando poéticamente—, en los últimos versos del poema con la lírica certidumbre que otorga la plenitud de la belleza acogida a “la casa del ser” de la palabra:

*Pero lo que ha vivido es lo único que vive.
Recogido en sí mismo se besa en su solsticio.*

Es decir, en la plenitud indemne de su ser. Pues desde un punto de vista ideal, lo que ha sido y ha desaparecido por completo es lo único pleno y ya cumplido, la única realidad entera, definitiva y profunda, aquello que ya no está sometido a desgaste alguno, que ya puede revelárenos en su colmada totalidad en el tiempo y que éste no puede revocar.

Pues, como reconociera Ramón Pérez de Ayala: *en puridad no existe belleza sino en lo efímero, porque lo efímero se transforma al instante en recuerdo, y de esta suerte se hace permanente. Por eso la danza, que es el arte más efímero, quizá sea el arte más bello*.

Recuperación, así pues, por el recuerdo personal —intuitivo, casi constitutivo y vital— de Ricardo Molina, de aquella excepcional maravilla de civilización y cultura. Y comunión, asimismo, por parte del moderno poeta cordobés que hoy la recorre, con aquel brillante, tan sabio y refinado, sistema de vida —sabiduría y sensualismo— que aquellos derruidos muros y arcadas cobijaron. La afinidad emotiva y moral que Molina cree sentir con el espíritu de los que fueron sus antiguos moradores ilumina su meditación.

El poema “Los reflejos” —brillos o vestigios cuya pálida luz da una cierta noticia o vislumbre de lo que fue, al que visita esas ruinas— es un canto resignado y sereno al sereno aniquilamiento, a lo largo de los siglos, de las riquezas artísticas de la ciudad. Dicho poema entraña una suerte de resignación personal por parte del poeta ante el horizonte de desolación que testimonian dichas ruinas y los esparcidos restos arqueológicos que muestran: al mismo tiempo que

implica un deseo, por parte del poeta, de anonadamiento de su propia conciencia personal, disuelta y liberada en el Todo, en un estado casi nirvanático de anhelante unidad con lo creado, una vez abolidas las fronteras temporales.

Ese afán de anulación o de disolución del "yo" en la Naturaleza será un rasgo muy constante de su personalidad y de su poesía —ser en todo, ser naturaleza, ser río, prado, cañada, escarpadura, disolverse en el aire y el agua—, y aquí se evidencia en esa su efusión de perderse, de anularse en el agreste y solitario ámbito de Naturaleza acogedora en el que estas residuales bellezas o reliquias arquitectónicas —oro, piedras, mármoles, cerámicas, esmaltes, capiteles...— se han ido sumiendo a lo largo de los siglos. Afán de liberación de los rigores del tiempo o ansias de eternidad y sosiego, de olvido de sí mismo en la belleza del lugar, al margen de las inquietudes y zozobras de las contingencias del presente, en una situación análoga a la que gozan ya las puras piedras y el alma de la ciudad, y sobre las cuales no tiene dominio ya el tiempo.

Comunión con las ruinas, comunión con su tácito mensaje y su legado de civilización, sensualidad y refinamiento, con el hondo sentido espiritual que alienta todavía entre las ruinas de la ciudad extinta; correspondencia de la sensibilidad del poeta con ese mundo, a la vez, sabio y exquisito; identificación con este maravilloso espejo sin azogue que le ofrece la ciudad: afán de olvido y de eternidad en su regazo: *Medina Azahara, beso que se besa, / tú y yo, viviendo, amando, / dulce leyenda, vivos / y muertos, y olvidados / y presentes, y eternos, en canción, en amor. Salvación por la poesía.*

Mientras perduren sobre la tierra el amor y la hermosura, el libre goce de la belleza, del arte y los sentidos, amor y hermosura física para los que este palacio, legendariamente, fuera construido (como homenaje y tributo de amor a la favorita Azahara, tal cuenta la leyenda), esa misma idea o símbolo del amor y la belleza que suscita ese nombre casi fabuloso de la hermosa ciudad ("la de la blancura deslumbrante"), seguirán existiendo y también el

poeta, asimismo fundido a su destino de testimonio perpetuo de la belleza en la memoria de los hombres.

En definitiva, y junto a su subjetiva y simbolista impresión de dicho monumento, lo que Ricardo Molina termina por ofrecernos es una indirecta y plástica etopeya, un fiel autorretrato sentimental y psicológico, muy bello y alusivo, pero a la vez, escueto y limpio, nada barroquizante, a través de los trazos y perfiles de la antigua cultura califal que le dio origen; tal como se puede apreciar en "Poeta árabe", confesión trémula, e impregnada de "vivencias" del ayer, desde el hoy presente del poeta, y empañada de cálida melancolía evocadora, no exenta de hedonismo y sensualidad, al pensar en sus coterráneos poetas arábigoandaluces: *Los hombres que cantaban / el jazmín y la luna / me legaron su pena, / su amor, su ardor, su fuego. // La pasión que consume / los labios como un astro, / la esclavitud a la / hermosura más frágil. // Y esa melancolía / de codiciar eterno / el goce cuya esencia / es durar un instante.*

En este poemita, intenso y fresco a pesar de su aparente "historicismo", se traslucen una serie de rasgos típicamente distintivos del carácter y de la poesía de nuestro autor: epicureísmo, amor por la vida y hondo anhelo de eternización de lo instantáneo y de esa fugacidad de la belleza. Aunque esta suerte de paganía se halle con frecuencia contrapezada por una ascética llamada a la espiritualidad, en una apasionada exaltación de lo terrenal inmediato pero de la que no está ajena una grave meditación también sobre la existencia y las más trascendentes inquietudes del hombre; todo ello aunado —tal como se podrá apreciar en su último libro *A la luz de cada día*, aunque también en otros poemas anteriores— a una cierta mirada fraternal y piadosa para con el prójimo, a una cordial comunión con los otros, con sus convecinos y paisanos.

Tales son las características de conjunto de esta poesía, afincada de siempre en lo real cotidiano y en un denso poso de cultura, que en Ricardo se hacía tan consustancial como su propia respiración, y que



ANTONIO BUJALANCE, *Homenaje a Córdoba* (2000), óleo / lienzo, 200 x 200 cm.



RAFAEL ROMERO BARROS, *El acueducto califal de Valdepuentes* (h.1889), óleo / lienzo, 51 x 98 cm., MBAC

por otra parte le ofrecía sugestivos horizontes creativos y vitales sustentados en su sabio y profundo conocimiento del mundo y la literatura clásicos, o del mismo legado de Al-Ándalus, entre tantas otras llamadas intelectuales.

Semblanza espiritual ésta que, especularmente, nos ofrece "Poeta árabe", y que se cierra con un intenso poema lapidario, de epigramática concisión y honda capacidad de sugerencia. Nos referimos al titulado "Astro".

Como es casi proverbial en tantas composiciones, de signo romántico, sobre el tema de la desolación y de las ruinas —pensemos en Leopardi o en Cernuda—, la luna, como secular espectadora impasible de los desastres y afanes de los hombres, y a la vez símbolo de la indiferencia de la Naturaleza ante sus calamidades y despojos, cierra y preside con su luz fría y distante toda esta vívida elegía.

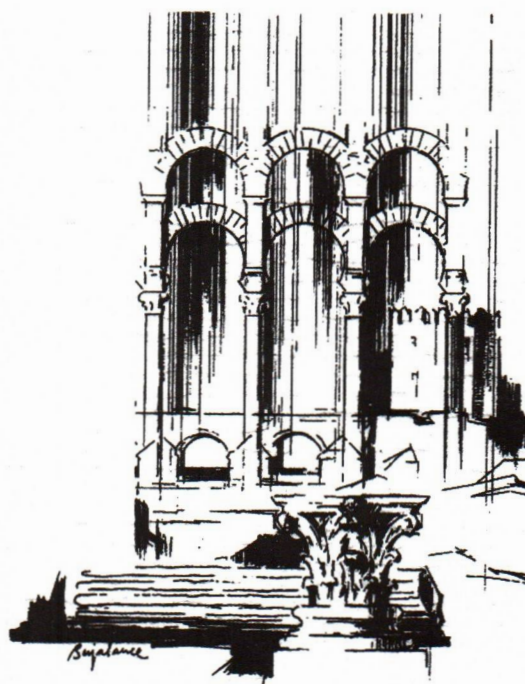
Sobre la vanidad y el polvo de arquerías y atauriques, de fustes y fuentes destrazadas a cuyos bordes celebraran antaño los poetas el poder, la belleza, el vino o el deseo; sobre la ruina de la imponente fábrica edificada por el hombre y lo efímero de todas sus pasiones, tan sólo prevalece a lo largo de los siglos, tan bella y persistente, la pura voz de la Naturaleza, de una Naturaleza, encarnada en el astro nocturno, como única posible realidad definitiva por encima de los humanos afanes y trabajos, pero asumiendo en su hermosura solitaria toda esa herencia de amor y artística maravilla que representa el esplendor, el efímero esplendor, del legado histórico-sentimental de Medina Azahara, del que ha sido impasible testigo a través de las edades. Desde su cielo ajeno, la luna —único testigo permanente de la historia— hace suya tal desolación: *Muerta la flor, la flor que ama el amante; / muerto el amante, amado de la luna, / la luna queda —soledad colmada—; / flor, amante, recuerdo.*

Ante la lírica del autor cordobés nos encontramos, pues, con una poesía nutrida de las más variadas experiencias, pero que entroniza a la amorosa como la más genuina y germinativa de todas, y que se explaya en los más varios registros métricos, tonales y estilísticos, en un no deliberado alarde de versatilidad y variedad conceptual y expresiva.

El estilo de Ricardo Molina es vario y multiforme. Al margen de juveniles retóricas claudelianas, o inspiradas en Whitman o la Biblia, o bien de ciertas delicuescencias simbolistas, su estilo es con frecuencia, sobre todo en su segunda etapa, sobrio y nítido, con una tersa, clara y naturalísima fluidez de agua fresca que corre, a veces de una suavidad delicada y finísima, como de terciopelo o de musgo; un estilo casi imperceptible en una primera lectura, precisamente por esa espontánea naturalidad que transmite.

En el conjunto de su obra, se hace inolvidable su auténtico y fresquísimo sentimiento del mundo natural, tan transparentemente presentado, e iluminado de una pureza matinal. Tal sentimiento del paisaje, permanente en todas sus etapas, es muy difícil encontrarlo expresado con tal verdad y con tan justa belleza en la poesía de su tiempo; tendríamos que remontarnos a ese profundo sentimiento de la tierra y del entorno natural, sin afeites ni academicismos, propio de los románticos ingleses, los más fieles y veraces cantores de la Naturaleza; también los más realistas.

Y junto a ese entorno natural de sierra y campiña, transfigurado en honda palpación emotiva y estética, la experiencia cordial de la ciudad, de su ciudad, omnipresente también en esta lírica realista, poética interiorización del diario vivir: la experiencia de Córdoba, del amor, instaurado siempre en una atmósfera natural, la experiencia de la amistad y de la cultura —de sus compañeros del grupo "Cántico": Juan Bernier, Pablo García Baena, Julio Aumente, o Mario López, y los pintores Miguel del Moral y Ginés Liébana—, experiencia intelectual y fervorosamente humanística que el poeta y ensayista sabe comunicarnos con el temblor de una realidad cálida y vivida, con ajustado relieve y preciso dibujo, con escueto y afectivo verismo.



Una poesía, pues, arraigada en la concreta existencia temporal en la que se produce, y que de modo inmediato y realista —otras veces envuelta en un halo de misteriosa intimidad y ensueño adolescentes—, viene a revelarnos las personales experiencias tanto sentimentales, espirituales o sensuales, como las estrictamente intelectuales, de su autor, un hombre más entre los hombres y la vida provinciana que le toca vivir; un alma que nos confirma su fe en el poder consolador de la belleza, de la Naturaleza y la poesía, que nos habla de sus inseguridades y trabajos, de sus entusiasmos y caídas, de una esforzada existencia absorbida por una multiempleada y agotadora docencia en los más varios centros para encontrar su seguridad funcional en el Instituto de enseñanza media de Córdoba poco antes de su prematura muerte por una insuficiencia mitral; una poesía que se abre, juvenil, con su fervorosa confianza en los poderes del amor y que se repliega en un resignado estoicismo final ante el cansancio diario del vivir con todas sus servidumbres y pequeñas injusticias e insidias, y bajo el peso de la enfermedad que le acabará en su granada y prometedora madurez, cuando la poesía de la revista



R. Molina, M. del Moral, Pablo G.^a Baena, José de Miguel y Juan Bernier. Nochevieja de 1956

"Cántico", de la que Ricardo fue alma y sostén, y la suya propia, comenzaban a ser reivindicadas por los poetas más jóvenes, tras más de varios lustros de marginación e indiferencia por parte de la crítica más determinante y consagratoria, aunque no la más objetiva y alerta. Los más grandes —Dámaso, Diego, Aleixandre, Cernuda— le aplaudieron; otros, más pequeños, le ignoraron.

Poeta del amor adolescente, canta Molina la ingenua plenitud del descubrimiento y la comunión amorosos en la juvenil inocencia de un paisaje casi siempre solidario a los amantes, así como el esplendor de una Naturaleza virginal, casi de égloga, la agreste, humedesciente y fluvial de la sierra cordobesa, a la que él da auténtica carta de naturaleza literaria, al elevarla, y de modo tan eficaz, por primera vez al plano de la poesía y la literatura. Y todo ello —sobre todo en las *Elegías de Sandua* y en el inicial, o bautismal, *El río de los ángeles*— en un estilo suave y esfumado, con impregnaciones simbolistas de una vaguedad deliciosa y ligera, de ritmo lento y apagado, y un punto de adolescente

melancolía, muy a tono con los estados de ánimo del poeta. No hay dolor, al menos un sentimiento amargo y ácido del dolor, sí una morosa complacencia delicada y amable, casi voluptuosa, en ese exquisito placer de estar triste y a solas en el refugio acogedor de una Naturaleza familiar que nos mira con ojos empañados de comprensión y reconocimiento.

Un estilo escasamente dibujado, éste de *El río de los ángeles* o los poemas de Sandua, de caligrafía poco insistente y sin firmes relieves, casi imperceptible en su evocadora espontaneidad; un estilo claro y luminoso, poco hecho, que lo mismo se adecua a la configuración de un realismo poético y agreste, como a la estilizada plasmación de una Naturaleza de relieves vagos y poco afirmados como el verso, con frecuencia diluidos, en el recuerdo, en una neblina mórbida y agrisada, verdesciente de prados, de umbrías y riberas, de manantiales, y otoñales y húmedas melancolías de la tierra. Un verso claro, sedante y reposado, con la natural frescura y suavidad de la hierba.

Algo mío quedará entre los hombres
así flotante pluma hacia el viento
largo río peroso, correza
con el son de mi vida
Quedará solo intacta la armonía
que consumió la ciega medida de los días.

Ni palabra ni son me dirán
y si embargo no me iré del mundo
En cuanto a mi fidelidad
conquistó mi palabra para el futuro cierto

Sagrada solidad de montañas y rielles
dirá de mí a los hombres que vendrán.

Mi fe no será nunca por el tiempo barlaán
La luna del verano bañará un paisaje,
la camufla donde hombres y mujeres
sean ríos pastorales

Ricardo Molina



Fundación

Cajasol

OCT. - NOV. 2017

del Moral